3 1761 06742930 8

Góngora y Argote, Luis de
Romances y letrillas

PQ
6394
R7
19--

86

Poesías

de

L. de GONGORA

•

Romances y Letrillas

LECCION "ORQUIDEA"

BUENOS AIRES

Federico Ferraguti

3-2-49

95

ROMANCES Y LETRILLAS

86

"LA CHICA"
LIBRERIA - PAPELERIA
LOTERIA - CIGARRERIA

PAYSANDÚ

3-2-49

ROMANCES
Y
LETRILLAS
DE
LUIS de GONGORA

•

Colección
"ORQUIDEA"
Buenos Aires

LIBRARY
NOV 24 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
6394
R7
19—

PROLOGO

Nació don Luis de Góngora y Argote en la ciudad de Córdoba (España), en 1561, *y no ofrece su vida, contrariamente a lo que ocurre con otros grandes personajes de la Literatura Universal, ningún interés dramático, fuera de las alternativas propias de su espíritu veleidoso y ágil, y de una imperiosa necesidad de dinero, provocada invariablemente por la disipación y el despilfarro.*

Vivió frecuentemente al amparo de los poderosos, a quienes aduló y satirizó según que sus favores le hubieran sido concedidos o negados.

En esta forma fué personaje en las cortes de Nápoles y de Madrid, perteneciendo a los momentos calmos de su vida las producciones de ese género elevado y barroco que dió en llamar-

se "culteranismo", y que, pese a lo denso de su retórica y a lo forzado de su construcción, contribuyeron indudablemente a elevar el valor de la poesía española de la época.

Más de una vez, la incisiva lírica de Góngora anatematizó figuras del relieve literario de Lope de Vega o de Quevedo, habiendo dado origen, su enconada rivalidad con este último, a un innúmero de composiciones, mordaces y atrevidas, que figuran como modelos de su género dentro de la Literatura Hispánica.

En muchas oportunidades, la crítica elemental ha pretendido separar en períodos distintos la producción de Góngora, con ausencia absoluta de lógica y de observación; ya que el poeta abarcó el género culto o el popular indistintamente durante todo el apogeo de su plenitud intelectual; fuera, por supuesto, de las frescas y ligeras composiciones juveniles, de estructura simple pero delicada, que parecen a veces, por su fluidez e ingenuidad exquisita, haberse adelantado en tres o cuatro siglos a su época.

I. — 1580

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice
que escucha su mal:

Dejadme llorar
orillas del mar.

Pues me distes, madre
en tan tierna edad
tan corto el placer,
tan largo el pesar,
y me cautivastes

de quien hoy se va
y lleva las llaves
de mi libertad,

dejadme llorar
orillas del mar.

En llorar conviertan
mis ojos, de hoy más,
el sabroso oficio
del dulce mirar,
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz.

Dejadme llorar
orillas del mar.

No me pongáis freno
ni queráis culpar;
que lo uno es justo,
lo otro por demás.

Si me queréis bien,
no me hagáis mal;
harto peor fuera
morir y callar.

Dejadme llorar
orillas del mar.

Dulce madre mía,
¿quién no llorará
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de mi mocedad?

Dejadme llorar
orillas del mar.

Váyanse las noches,
pues ido se han
los ojos que hacían

los mios velar;
váyanse, y no vean
tanta soledad,
después que en mi lecho
sobra la mitad.

Dejadme llorar
orillas del mar.

II. — 1580

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú a la amiga
ni iré yo a la escuela.

Pondráste el corpiño
y la saya buena,
cabezón labrado,
toca y albanega;

y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
sallo de palmilla,
media de estameña;

y si hace bueno
trairé la montera

que me dió la Pascua
mi señora abuela,

y el estadal rojo
con lo que le cuelga,
que trajo el vecino
cuando fué a la feria.

Iremos a misa,
veremos la iglesia,
darános un cuarto
mi tía la ollera.

Compraremos de él
(que nadie lo sepa)
chochos y garbanzos
para la merienda;

y en la tardecica,
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro
y tú a las muñecas

con las dos hermanas,
Juana y Madalena,
y las dos primillas,
Marica y la tuerta;

y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás tanto dello
bailar en la puerta;

y al son del adufe
cantará Andrehuela:
No me aprovecharon,
madre, las hierbas;

y yo de papel
haré una librea
teñida con moras
porque bien parezca,

y una caperuza
con muchas almenas;

pondré por penacho
las dos plumas negras

del rabo del gallo,
que acullá en la huerta
anaranjeamos
las Carnestolendas;

y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus tranzaderas;

y en mi caballito
pondré una cabeza
de guardamecí,
dos hilos por rinedas;

y entraré en la calle
haciendo corvetas.
Yo, y otros del barrio,
que son más de treinta,

jugaremos cañas
junto a la plazuela,
porque Barbolilla
salga acá y nos vea;

Barbola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca,

porque algunas veces
hacemos yo y ella
las bellaquerías
detrás de la puerta.

III. — 1581

Da bienes, Fortuna,
que no están escritos:
cuando pitos, flautas,
cuando flautas, pitos.

¡Cuán diversas sendas
se suelen seguir
en el repartir
honras y haciendas!
A unos da encomiendas,
a otros sambenitos.
Cuando pitos, flautas,
cuando flautas, pitos.

A veces despoja
de choza y apero

al mayor cabrero,
y a quien se le antoja;
la cabra más coja
parió dos cabritos.

Cuando pitos, flautas,
cuando flautas, pitos.

Porque en una aldea
un pobre mancebo
hurtó solo un huevo,
al sol bambolea,
y otro se pasea
con cien mil delitos.

Cuando pitos, flautas,
cuando flautas, pitos.

IV. — 1583

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo
y ambos ojos en la tierra,

un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco son
del remo y de la cadena:

"¡Oh sagrado mar de España,
famosa playa serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!

"pues eres tú el mismo mar
que con tus crecientes besas

las murallas de mi patria,
coronadas y soberbias,

"tráeme nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros
que me dice por sus letras;

"porque si es verdad que llora
mi captiverio en tu arena,
bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas.

"Dame ya, sagrado mar,
a mis demandas respuesta,
que bien puedes, si es verdad
que las aguas tienen lengua;

"pero, pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser,
pues que vivo yo en su ausencia.

"¡Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
a nadie matarán penas!"

En esto se descubrieron
de la Religión seis velas,
y el cómitre mandó usar
al forzado de su fuerza.

V. — 1583

La desgracia del forzado,
y del corsario la industria,
la distancia del lugar
y el favor de la Fortuna,
que por las bocas del viento
les daba soplos ayuda
contra las cristianas cruces
a las otomanas lunas,
hicieron que de los ojos
del forzado a un tiempo huyan
dulce patria, amigas velas,
esperanzas y ventura.
Vuelve, pues, los ojos tristes
a ver cómo el mar le hurta
las torres y le da nubes,
las velas, y le da espumas.

Y viendo más aplacada
en el cómitre la furia,
vertiendo lágrimas dice,
tan amargas como muchas:
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
si ayudo yo a mi daño con mi remo?

"Ya no esperen ver mis ojos,
pues ahora no lo vieron,
sin este remo las manos,
y los pies sin estos hierros;
que en esta desgracia mía
Fortuna me ha descubierto
que cuantos fueron mis años
tantos serán mis tormentos.
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
si ayudo yo a mi daño con mi remo?

"Velas de la Religión,
enfrenad vuestro denuedo;
que mal podréis alcanzarnos,
pues tratáis de mi remedio.

El enemigo se os va,
y favorécele el tiempo,
por su libertad no tanto
cuanto por mi captiverio.
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
si ayudo yo a mi daño con mi remo?

"Quedaos en aquesa playa,
de mis pensamientos puerto;
quejaos de mi desventura,
y no echéis la culpa al viento.
Y tú, mi dulce suspiro,
rompe los aires ardiendo,
visita a mi esposa bella,
y en el mar de Argel te espero.
¿De quién me quejo con tan grande extremo,
si ayudo yo a mi daño con mi remo?

VI. — 1584

Aquí entre la verde juncia
quiero (como el blanco cisne
que, envuelta en dulce armonía,
la dulce vida despide),

despedir mi vida amarga,
envuelta en endechas tristes,
y querellarme de aquella
tan hermosa como libre.

Descanse entre tanto el arco
de la cuerda que le aflige,
y pendiente de sus ramos,
orne esta planta de Alcides,

mientras yo a la tortolilla,
que sobre aquel olmo gime,

le hurto todo el silencio
que para sus quejas pide.

Bellísima cazadora,
más fiera que las que sigues
por los bosques, cruel verdugo
de mis años infelices:

tan grande son tus extermos
de hermosa y de terrible,
que están los montes en duda
si eres diosa o si eres tigre.

Preciaste de tan soberbia
contra quien es tan humilde
que, considerados bien,
todos los monteros dicen

que los dos nos parecemos
al robre que más resiste
los soplos del viento airado:
tú en ser dura, yo en ser firme.

En esto sólo eres robre,
y en lo demás flaca mimbre
no sólo a los recios vientos,
mas a los aires subtiles.

Ya no persigues cruel,
después que a mí me persigues,
a los ciervos voladores
ni a los fieros jabalíes.

Ni de tu dichoso albergue
las nobles paredes visten
los despojos de las fieras
que, como a mí, muerte diste.

No porque no gustes de ello,
sino porque no te obligue
el encontrame en la caza
a que si quiera me mires.

Los monteros te suspiran
por todos estos confines,

y el mismo monte se agravia
de que tus pies no le pisen,

por el rastro que dejaban
de rosas y de jazmines;
tanto, que eran a sus campos
tus dos plantas dos abriles.

Haz tu gusto; que yo quiero
dejar (pues de ello te sirves)
el espíritu cansado
que mis flacos miembros rige.

Conseguiremos en esto
ambos a dos nuestros fines:
tú el de cruel en dejarme,
yo el de leal en morirme.

Tú, rey de los otros ríos,
que de las sierras sublimes
de Segura al Océano
el fértil terreno mides,

pues en tu dichoso seno
tantas lágrimas recibes
de mis ojos, que en el mar
entran dos Guadalquivires,

ruégote que su crueldad
y mi firmeza publiques
por todo el húmedo reino
de la gran madre de Aquiles,

porque no sólo en las selvas,
mas los que en las aguas viven,
conozcan quién es Daliso
y quién es la ingrata Nise.

VII. — 1590

Lloraba la niña
(y tenía razón)
la prolija ausencia
de su ingrato amor.
Dejóla tan niña,
que apenas creo yo
que tenía los años
que ha la dejó.
Llorando la ausencia
del galán traidor,
la halla la Luna
y la deja el Sol,
añadiendo siempre
pasión a pasión,

memoria a memoria,
dolor a dolor.
Llorad, corazón,
que tenéis razón.

Dícele su madre:
"Hija, por mi amor,
que se acabe el llanto,
o me acabe yo."
Ella le responde:
"No podrá ser, no;
las causas son muchas,
los ojos son dos.
Satisfagan, madre,
tanta sinrazón,
y lágrimas lloren,
en esta ocasión,
tantas como dellos
un tiempo tiró
flechas amorosas

el arquero Dios.
Yo no canto, madre,
y si canto yo,
muy tristes endechas
mis canciones son;
porque el que se fué,
con lo que llevó,
se dejó el silencio
y llevó la voz."

Llorad, corazón.
que tenéis razón.

VIII. — 1602

ROMANCE DE ANGELICA Y MEDORO

En un pastoral albergue,
que la guerra entre unos robres
le dejó por escondido
o le perdonó por pobre,

do la paz viste pellico
y conduce entre pastores
ovejas del monte al llano
y cabras del llano al monte,

mal herido y bien curado,
se alberga un dichoso joven,
que sin clavarle Amor flecha,
le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche
le halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.

Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la hierba
tanta sangre para en flores.

Límpiale el rostro, y la mano
siente al Amor que se esconde
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas
porque labren sus arpones
el diamante del Catay
con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,
ya le entra, sin ver por dónde,

una piedad mal nacida
entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,
ya despide el primer golpe
centellas de agua. ¡Oh, piedad,
hija de padres traidores!

Hierbas aplica a sus llagas,
que si no sanan entonces,
en virtud de tales manos
lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,
mas ella sus velos rompe
para ligar sus heridas:
los rayos del Sol perdonen.

Los últimos nudos daba
cuando el cielo la socorre
de un villano en una yegua
que iba penetrando el bosque.

Enfrenanle de la bella
las tristes piadosas voces,
que los firmes troncos mueven
y las sordas piedras oyen.

Y la que mejor se halla
en las selvas que en la Corte,
simple bondad, al pío ruego
cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano
y sobre la yegua pone
un cuerpo con poca sangre,
pero con dos corazones;

a su cabaña los guía,
que el Sol deja su horizonte
y el humo de su cabaña
les va sirviendo de Norte.

Llegaron temprano a ella,
do una labradora acoge

un mal vivo con dos almas
y una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma
para lecho les compone,
que será tálamo luego
do el garzón sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos
desta vida fueron dioses,
restituyen a Medoro
salud nueva, fuerzas dobles.

Y le entregan, cuando menos,
su beldad, y un reino en dote,
segunda invidia de Marte,
primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre
de Cupidillos menores
la choza, bien como abejas
hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando
a un áspid la invidia torpe,
contando de las palomas
los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,
haciendo la cuerda azote,
porque el caso no se infame
y el lugar no se inficione!

Todo es gala el Africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende,
y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas
son sus roncos atambores,
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella,
vuela el cabello sin orden;

si le abrocha, es con claveles,
con jazmines si le coge.

El pie calza en lazos de oro,
porque la nieve se goce,
y no se vaya por pies
la hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes:
plumas les baten, veloces,
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.

Los troncos les dan cortezas
en que se guarden sus nombres,
mejor que en tablas de mármol
o que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,
ni blanco chopo sin mote;
si un valle "Angélica" suena,
otro "Angélica" responde.

Cuevas do el silencio apenas
deja que sombras las moren
profanan con sus abrazos
a pesar de sus horrores.

Choza, pues, tálamo y lecho,
cortesanos labradores,
aires, campos, fuentes, vegas,
cuevas, troncos, aves, flores,

fresnos, chopos, montes, valles,
contestes destos amores,
el cielo os guarde, si puede,
de las locuras del Conde.

IX. — 1603

En los pinares de Xúcar
vi bailar unas serranas,
al son del agua en las piedras,
y al son del viento en las ramas.
No es blanco coro de ninfas
de las que aposenta el agua,
o las que venera el bosque,
seguidoras de Diana:
serranas eran de Cuenca,
honor de aquella montaña,
cuyo pie besan dos ríos
por besar de ella las plantas.
Alegres corros tejían,
dándose las manos blancas
de amistad, quizá temiendo
no la truequen las mudanzas.

¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!

El cabello en crespos nudos
luz da al sol, oro a la Arabia,
cuál de flores impedido,
cuál de cordones de plata.

Del color visten del cielo,
si no son de la esperanza,
palmillas que menosprecian
al zafiro, y la esmeralda.

El pie (cuando lo permite
la brújula de la falda)
lazos calza, y mirar deja
pedazos de nieve y nácar.

Ellas, cuyo movimiento
honestamente levanta
el cristal de la columna
sobre la pequeña basa.

¡Qué bien bailan las serranas!
¡Qué bien bailan!

Una entre los blancos dedos
hiriendo negras pizarras,
instrumento de marfil
que las musas le invidiaran,
las aves enmudeció,
y enfrenó el curso del agua;
no se movieron las hojas,
por no impedir lo que canta:
"Serranas de Cuenca
iban al pinar,
unas por piñones,
otras por bailar.

Bailando, y partiendo,
las serranas bellas,
un piñón con otro,
si ya no es con perlas,
de Amor las saetas
huelgan de trocar,
unas por piñones,
otras por bailar.

Entre rama y rama,
cuando el ciego Dios
pide al Sol los ojos
por verlas mejor,
los ojos del Sol
las veréis pisar,
unas por piñones,
otras por bailar.

X. — 1608

La flores de romero,
niña Isabel;
hoy son flores azules,
mañana serán miel.
Celosa estás, la niña,
celosa estás de aquel
dichoso, pues le buscas,
ciego, pues no te ve,
ingrato, pues te enoja
y confiado, pues
no se disculpa hoy
de lo que hizo ayer.
Enjuguen esperanzas
lo que lloras por él;
que celos entre aquellos
que se han querido bien,

hoy son flores azules,
mañana serán miel.

Aurora de ti misma,
que cuando a amanecer
a tu placer empiezas,
te eclipsan tu placer,
serénense tus ojos,
y más perlas no des
porque al Sol le está mal
lo que a la Aurora bien.
Desata como nieblas
todo lo que no ves;
que sospechas de amantes
y querellas después,

hoy son flores azules,
mañana serán miel.

XI. — 1609

No son todo ruiseñores
los que cantan entre las flores,
sino campanitas de plata,
si tocan al Alba,
sino trompeticas de oro,
que hacen la salva
a los Soles que adoro.

No todas las voces ledas
son de Sirenas con plumas,
cuyas húmidas espumas
son las verdes alamedas.

Si suspendido te quedas
a los süaves clamores,

no son todo ruiseñores
los que cantan entre las flores,
sino campanitas de plata,

que tocan al Alma,
sino trompeticas de oro
que hacen la salva
a los Soles que adoro.

Lo artificioso que admira,
no es de aquel violín que vuela
ni de esotra inquieta lira;
otro instrumento es quien tira
de los sentidos mejores:
No son todo ruiseñores
los que cantan entre las flores,
sino campanitas de plata,
que tocan al Alba,
sino trompeticas de oro
que hacen la salva
a los Soles que adoro.

XII. — 1621

Alegorías de la brevedad de las cosas humanas

Aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fuí,
y sombra mía aun no soy.

La Aurora ayer me dió cuna,
la noche ataud me dió;
sin luz muriera, si no
me la prestara la Luna.
Pues de vosotras ninguna
deja de acabar así,
aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fuí,
y sombra mía aun no soy.

Consuelo dulce elvel
es a la breve edad mía,
pues quien me concedió un día,
dos apenas le dió a él.
Efímeras del vergel,
yo cárdena, él carmesí,
aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fuí,
y sombra mía aun no soy.

Flor es el jazmín, si bella,
no de las más vividoras,
pues dura pocas más horas
que rayos tiene de estrella;
si el ámbar florece, es ella
la flor que él retiene en sí.
Aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fuí,
y sombra mía aun no soy.

Aunque el alhelí grosero
en fragancia y en color,

más días ve que otra flor,
pues ve los de un mayo entero,
morir maravilla quiero,
y no vivir alhelí.

Aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fuí,
y sombra mía aun no soy.

A ninguna al fin mayores
términos concede el Sol
si no es al girasol,
Matusalem de las flores;
ojos son aduladores
cuantas en él hojas vi.

Aprended, flores, en mí
lo que va de ayer a hoy,
que ayer maravilla fuí,
y sombra mía aun no soy.

Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas,
y con el alma y la vida
a una gallarda africana,

tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche,
cuando tocaron al arma.

Trescientos Cenetes eran
de este rebato la causa,
que los rayos de la Luna
descubrieron sus adargas;

las adargas avisaron
a las mudas atalayas,

las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas;

y ellas al enamorado,
que en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo
de las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican
y freno de amor le para;
no salir es cobardía,
ingratitud es dejalla.

Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:

"Salid al campo, señor,
bañen mis ojos la cama;
que ella me será también,
sin vos, campo de batalla.

"Vestíos y salid apriesa,
que el General os aguarda;
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.

"Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda;
que tenéis de acero el pecho,
y no habéis menester armas."

Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así: "Mi señora,
tan dulce como enojada,

"porque con honra y Amor
yo me quede, cumpla y vaya,
vaya a los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.

"Concededme, dueño mío,
licencia para que salga

al rebato en vuestro nombre,
y en vuestro nombre combata."

*

Entre los sueltos caballos
de los vencidos Cenetes,
que por el campo buscaban
entre la sangre lo verde,

aquel español de Orán
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano
y por sus cernejas fuerte,

para que le lleve a él,
y a un moro captivo lleve,
un moro que ha captivado,
capitán de cien jinetes.

En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,

de cuatro espuelas herido,
que cuatro alas le mueven.

Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español
de ver cada vez que vuelve
que tan tiernamente llore
quien tan duramente hiere,

con razones le pregunta,
comedidas y corteses,
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.

El captivo, como tal,
sin excusas le obedece,
y a su piadosa demanda
satisface desta suerte:

"Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente;
por tu espada y por tu trato
me has captivado dos veces.

"Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta
por quien soy y por quien eres.

"En los Gelves nací, el año
que os perdistes en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.

"En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes
después que perdí a mi padre,
corsario de tres bajeles.

"Junto a mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama del linaje
de los nobles Melioneses,

"extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles,
hija al fin destas arenas,
engendradoras de sierpes.

("Era tal su hermosura,
que se hallaran claveles
más ciertos en sus dos labios
que en los dos floridos meses.)

"Cada vez que la miraba
salía un sol por su frente,
de tantos rayos ceñido
cuantos cabellos contiene.

"Juntos así nos criamos,
y Amor en nuestras niñeces
hirió nuestros corazones
con amores diferentes.

"Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las suyas
libertades y desdenes.

("Mas, ya la razón sujeta,
con palabras me requiere
que su crieldad le perdone
y de su beldad me acuerde.)

"Apenas vide trocada
la dureza desta sierpe,
cuando tú me captivaste:
¡mira si es bien que lamente!

("Esta, español, es la causa
que a llanto pudo moverme;
mira si es razón que llore
tantos males juntamente.")

Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.

"Gallardo moro —le dice—,
si adoras como refieres,
y si como dices amas,
dichosamente padeces.

"¿Quién pudiera imaginar,
viendo tus golpes crueles,
que cupiera alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte?

"Si eres del Amor cautivo,
desde aquí puedes volverte;
que me pedirán por robo
lo que entendí que era suerte.

"Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas
ni las granas más alegres.

"Anda con Dios, sufre y ama
y vivirás si lo hicieres,
con tal que cuando la veas
pido que de mí te acuerdes."

Apeóse del caballo,
y el moro tras él desciende,
y por el suelo postrado,
la boca a sus pies ofrece.

"Vivas mil años —le dice—,
noble capitán valiente,
que ganas más con librarme
que ganaste con prenderme.

"Aláh se quede contigo
y te dé victoria siempre
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes."

Las mejores Poesías.

De los mejores Poetas.

●

Publicadas:

1. *SONETOS de W. Shakespeare.*
2. *POESIAS de Lord Byron.*
3. *INTERMEZZO LIRICO de E. Heine.*
4. *POEMAS de Edgar Allan Poe.*
5. *POESIAS LIRICAS de A. de Lamartine.*
6. *POESIAS LIRICAS de G. D'Annunzio.*
7. *PEQUEÑOS POEMAS de R. de Campoamor.*
8. *POESIAS de Fray Luis de León.*
9. *POESIAS de E. W. Longfellow.*
10. *LAS TIERRAS VIRGENES de R. Kipling.*
11. *POESIAS de Shelley.*
12. *LA CARGA DE LA BRIGADA LIGERA de A. Tennyson.*

●

Colección ORQUIDEA

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
6394
R7
19--

Góngora y Argote, Luis de
Romances y letrillas

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 11 08 01 001 2